



LAS TIENTAS

Es el caballo de batalla de la afición. Cómo deben tentarse los becerros, cuándo ha de hacerse la tienta, quién puede asistir al «acto», qué personas han de verificarle.

Todo esto se discute, se pone en tela de juicio, da margen á emitir opiniones, y, como sucede en todos los asuntos de la vida, cada cual opina á su manera, y á buen seguro que si hiciéramos un plebiscito *tentador* y cada uno de los votantes explicara el voto, veríanse cosas tan peregrinas y raras en punto al de tentar ó no tentar de los becerros, que con ellas pudiera escribirse un libro, la lectura del cual nos llevaría á esta conclusión: sabemos que no sabemos nada.

Y nada sabemos—eso puede afirmarse rotundamente—en la cuestión que hoy saco á la palestra, ninguno de los que como actores, espectadores, críticos, proveedores de ganado, empresarios, vaqueros, etc., etc., intervenimos en el nacional espectáculo.

En éste, como en todos, los más ignorantes son los del oficio.

La prueba es concluyente: si los ganaderos supieran criar toros lo harían, porque aparte lo relativo al honor de la vacada, está la cuestión de lucro, y él sería mayor para quien mejores toros ofreciera.

Ya están ustedes viendo á diario la serie de cabras, monas, grillos, caracoles y ratas que por toros se venden, como toros los cobran y por tales se lidian en nuestras plazas sin protesta unánime del público, cada día más bonachón y contentadizo, hasta el punto que de seguir así, al tomar el billete, con él habrá de entregarse la cédula de comunión, por medio de la cual se acredite la fe, la resignación cristiana, la humildad y todas las pacíficas condiciones del espíritu necesarias para ahorrarse disgustos en esta vida y gozar la bienandanza eterna. Amén.

Si; cada billete de la plaza de toros debe llevar consigo la dicha cédula de comunión; porque el aficionado que toma por reses bravas los animaluchos que se lidian, es capaz de tragarse sin que sus dientes lo rocen, no ya el pan eucarístico y cuantos panes existan en la tierra, sino todas las panaderías, juntas con sus operarios y sus máquinas.

Que los ganaderos no saben criar toros lo demuestran con hechos: tuviesen para tal cría alguna «receta» más ó menos probada, algún sistema de positivos resultados, algún procedimiento medio seguro, y la casi totalidad de los toros lo serían, constituyendo excepción las alimañas. Ahora resulta lo contrario, los toros constituyen la excepción.

Todo está en la tienta, dicen algunos criadores: cuando ella se hace escrupulosamente, á toda ley sin destinar al ruedo más bichos que los que resulten unos Cides en la esfera pitonuda, puede usted tener la seguridad de que echa toros. La cuestión es saber tentar.

Y aquí viene lo de que sabemos que no sabemos nada. ¿Tienta usted en campo abierto? pues los partidarios del otro sistema se ríen á mandíbula batiente; dicen que es un absurdo, una tontería, una aberración, que ni aquello es tentar, ni así se prueba la bravura del ganado, ni se va á parte ninguna, como no sea al recreo de cuatro señoritos ó no señoritos, aficionados á correr por el coto ataviados con el típico marsellés y llevando una garrocha en la mano y un pavero en la cabeza.

En cambio, ellos afirman que la tienta en locales cerrados les hace reír, que les parece algo así como la parodia de una becerrada hecha en serio por gentes del campo, señoritos de la ciudad y profesionales de coleta invitados á la «representación».

Y puede que unos y otros estén en lo cierto y que los dos sistemas sean malos.

Vamos á echar una mirada retrospectiva y á ver qué nos dicen los textos.

El primero que hallamos es el de Moratín, que escribe en su conocidísima carta: «La fatalidad acaeció en Roma el año 1332 cuando murieron en las astas de los toros muchos plebeyos, 19 caballeros romanos y otros 9 fueron heridos.»

Pero eso nada tiene que ver con la tiente—dirá algún impaciente.—Calma: ya llegaremos. Vamos á reunir materiales y luego construiremos la barraca.

«En 1453 segun un *mandamiento de sevilla* le fué abonado á «alvar gomez (así, todo con minúscula) mayordomo, lo que gastó en las barreras para lidiar los toros por las alegrías del ynfante D. alonso». Y al año siguiente se le pagó á «juan rodriguez, escribano, un toro que le tomaron para lidiar» por las mismas alegrías.

«En 1475 se pagó á «daniel gonzalez escribano de la justicia desta cibdad 2.000 mrs. por vn toro que le fue tomado para lidiar por las alegrías que se ficieron quando el Rey nro. señor gano a Çamora.»

Por entonces se compraron al carnicero Juan Ruiz, pagándoselos á 2.500 mrs., ocho toros que se corrieron en Sevilla.

En 1490 se abonaron unos cuantos miles de mrs. á varios carniceros «y á un bachiller por 12 toros para las fiestas de los desposorios de la sra. ynfanta» (1).

En 1494—dice una impugnación manuscrita que existe en la Academia de la Historia—«yendo la reyna de Castilla desde Medina del Campo á Arévalo, se corrieron aquí toros que mataron dos hombres y tres ó quatro caballos de que la Reyna sintio mucha pena».

Y de la cual—añado yo por vía de entremés—nació la idea de embolar á los toros, siendo autora y propagadora de la misma la propia reina D.^{na} Isabel.

El sinnúmero de víctimas que los toros causaban, sirvió al Pontífice de pretexto para lanzar aquellas excomuniones de que ya hablé en la última crónica. En el siglo XVI y sucesivos, las cogidas fueron en auge, y si no se detallan las de los plebeyos, las cuales se englobaban por los «tratadistas» como se engloban hoy las defunciones ordinarias en los estados del municipio, se especificaban la de los nobles. Así se cita—por ejemplo—entre otras, la del Marqués de Pozoblanco y la de Diego de Toledo, hijo del Duque de Alba.

Es decir—y comenzamos la obra—que en aquellos benditos tiempos de Isabeles y Felipes, no existían vacadas en las condiciones que reunen hoy, ni se daba á la cría del ganado bravo la reglamentación—si así vale decirlo—que ahora tiene.

Tomábanse los toros á quien buenamente los poseía, al escribano, al bachiller, al carnicero, y algunos de éstos (especialmente los curiales), no dispondrían quizá de más reses que las vendidas para tal ó cual *regocijo*.

Figúrense ustedes si entonces se acordaría nadie de tentarlas, y á nadie tampoco le podría ocurrir que, andando el tiempo, se estableciera eso de la tiente como una *prueba de nobleza de sangre* exigida á los brutos para su admisión en las astadas órdenes.

Y ya vemos que sin tientas, cerrados ni zarandajas, los bichos pegaban de veras y causaban en un día más desaguizados que los que hoy se registran en un quinquenio.

No quiero ofender á mis lectores—muchos de los cuales saben al dedillo la historia de la fiesta—diciéndoles que la bravura de aquellos animales resultaba tanto más de admirar, cuanto que la lidia hecha con ellos era bárbara por esencia, presencia y potencia, y que para no huir cobardemente ante los azconazos, garrochonzos (no garrochazos), chuzazos, rejonazos y punzadas de toda especie con que se martirizaba al cornúpeto, necesitaba éste una fibra y un coraje, que á tener hoy el 10 por 100 de eso los novillos tentados, cerrados y cuidados que nos sirven los ganaderos, no quedaba un coleta para señal.

Pero hay más todavía, y es que no sólo en los tiempos dichos se criaban toros bravos sin exigir la operación de la tiente, sino que en la época de los grandes toreros, á principios del siglo XIX, cuando ya existían vacadas con todas las de la ley, en el Colmenar ciertos criadores (no sé si todos), desconocían la tiente ó no la practicaban.

Yo he oído á un descendiente de Aleas decir que su abuelo, en sus últimos años, quedábase haciendo cruces cuando le hablaban de becerros aprobados y no aprobados, como si se tratara de un examen de curso.

Y, sin embargo, entonces los toros colmenareños infundían tal cerote por sus bríos, por su resistencia, por su poder, por su codicia, por su acometividad, que hubo espadas, entre ellos *Pepe-Ilo*, que rehusaban lidiarlos siempre que podían; de aquí la inferioridad del matador sevillano junto á Romero, porque éste decía siempre, probándolo, que mataba cuantos bichos le echasen sin preguntar su procedencia.

En vista de esto y mucho más que podría decirse, y es fuerza omitir por acabar esta crónica, yo opino que hoy sólo debe tentarse á los machos destinados á padrear y á las vacas de vientre. A éstos sí, atendida la decadencia de la raza, los castigaría de firme, no tendría contemplaciones, y el futuro padre que yo destinara á la reproducción de la especie y la madre futura que reservase á los mismos fines, habrían de chorrear sangre el día de la tiente, y sólo cuando sin poder ya con el rabo, pero dando siempre la cara, no acometiesen, los aprobaría, enviando al matadero todos aquellos que no hicieran faenas semejantes.

(1) Todos estos datos y algunos que vienen luego los copio de varios libros publicados por mí, los cuales no cito, porque no crea algún *carriñoso* amigo que pretendo hacerles *la reclame*.

Y ya verían ustedes qué *críos* obteníamos así. Estos no habían de sentir un pinchazo en su cuerpo hasta el día en que se lidiasen, y seguramente, sin género de duda, el 90 por 100 serían toros bravos, que cumplirían el cuarto mandamiento de la ley de Dios, honrando á sus padres en la forma en que un cornudo puede hacerlo.

Pero tentar los becerros, *pegándoles* mucho, y al año ó poco más ponerlos delante del enemigo, cuando todavía se duelen de anteriores caricias, lo considero una aberración. Y que lo es, pruébanlo á diario esos toros bravos, muy bravos, que en cuanto las primeras varas les recuerdan la zurra de *in illo tempore*, se ponen á la defensiva y venden caro su pellejo, que para algo es el instinto, y también entre los toros hay inteligentes y zotes, avisados y tontos, vivos y estúpidos.

Y ahora que los criadores hagan lo que les plazca: lo que sí haría yo con ellos es enviar á galeras á quien vendiera como de lidia un toro que no tuviera los cinco años cumplidos.

¡Cuándo me podré dar ese gusto!

PASCUAL MILLÁN.

Ganadería artística.

Con existir muchos y buenos aficionados en la región valenciana, son muy pocos los que saben que en



la misma capital y en sitio céntrico, existe la ganadería más completa, más fina y *mejor hecha* de todas las de España.

Reses de todas edades, guardadas por mayores y vaqueros, auxiliados por hermosos mastines, compo-

nen la ganadería. Magníficos cajones esperan la hora de encerrar en su seno un morucho que vaya á llevar á cualquier rincón de la Península la admiración de los cofrades de Miguel Angel y de los buenos partidarios del arte de Montes.

Todo esto existe dentro de una pequeña habitación de la calle de Cuarte, cuyo inquilino es D. Rafael Gómez, del comercio de Valencia.

Este señor es uno de los mejores aficionados, por no decir el mejor, de nuestra castiza fiesta nacional.

El fotograbado que acompaña á estas líneas podrá dar fe exacta de lo que decimos. Véase ese toro modelado en cera, atravesado por una garrocha.

Como puede apreciarse, no le falta un detalle. Ningún aficionado de ley se atreverá á negar que lleva la marca de los de Miura.

El Sr. Gómez no ha tenido en los comienzos de su arte, ni la mano experta de un profesor que corrigiera sus defectos, ni la inteligencia de un *amateur* que elogiara las bellezas de sus trabajos. Es un artista que *modela de oído*, por puro entusiasmo que tiene á esta clase de animales, pues según confesión propia, en vez de adquirir, como otros aficionados á bichos, caballos, perros, etc., mantendría, á serle posible, en amplio patio ó corral, sólo por el gusto de estudiar sus costumbres y sus movimientos, uno de sus modelos predilectos. Un Miura.

Este detalle retrata fielmente al Sr. Gómez.

Lidióse en la ciudad del Turia una corrida con bichos de la acreditada ganadería de D. Vicente de Pablo Romero.

Salió en ella un magnífico toro, que todavía lo recuerdan los aficionados valencianos, como los madrileños al célebre *Catalán*.

Tan bien secundó las faenas de la gente, y tales prodigios de bravura hizo, que entusiasmado el señor Gómez por el comportamiento del cornúpeto, logró hacerse comprender por el mayoral de la ganadería (hombre rudo y de no muchas luces), haciéndole interesarse á D. Pablo para que, sin conocerle, se molestase en llevar á su cerrado á un buen fotógrafo que sacase distintas fotografías en que se viese la madre del toro, teniendo verdadero interés en que en una de éstas se viese en alto dicha vaca, de manera que se le destacaran sobre el horizonte los espinazos.

Así lo hizo el Sr. Romero, enviándole las mejores pruebas en su clase, á lo que el Sr. Gómez correspondió con un retrato en cera de la célebre vaca.

No es solamente en la *tauromaquia artística* (valga la frase) donde da el Sr. Gómez prueba de lo mucho que vale. Gracias á su habilidad é inspiración, posee la caballeriza más vistosa y más nutrida de cuantas existen.

Preciosos caballos de todas razas, magníficos carruajes, soberbios arneses y atentísimo y *correcto* personal (cosa verdaderamente extraordinaria en este oficio).

El talento del Sr. Gómez corre parejas con su modestia; pues ésta llega al punto de no conceder apenas mérito artístico á sus *entretenimientos*. Es decir, que no considera sus trabajos dignos del público; únicamente artistas amigos suyos, y á cambio de algún trabajo, pueden contar entre los objetos artísticos de su estudio una de las preciosas obras del artista levantino.

Para apreciar su trabajo en todo su valor, no basta admirarlo plásticamente. En primer lugar debe tenerse en cuenta la ingratitud del material con que trabaja; y en segundo, lo imposible de hacer ver al modelo el beneficio que presta al arte, otorgando al artista unas horas de absoluta quietud. Dificultades que el Sr. Gómez salva con una facilidad pasmosa; la primera á fuerza de práctica, y la segunda por el profundo conocimiento que tiene de sus retratados.

Mil plácemes damos al *taurófilo* escultor por su maestría en el arte. Y, como bien principal, le deseamos la mejor inteligencia entre él y sus modelos, pues no siendo gente que se ablanda con dinero, creemos fuere esta cualquier rencilla entre éstos y el artista.

H. CONDE.





Séptima corrida de la temporada: 13 de Diciembre.

Espadas: «Bebe chico», «Wachaquito» y «Saleri».

Escasos atractivos tenía esta corrida para entusiasmar á los aficionados y hacerles acudir solícitos á la plaza.

El ver una vez más pasando fatigas á *Bebe chico* y á *Saleri*, no era motivo suficiente para entusiasmar á ninguno. Apenas si los toros de Tepeyahualco, que no obstante los descalabros sufridos en los últimos años, siempre hay curiosidad de ver cómo se portan, y cerciorarse de si, en vista de que no tenía competidores, se animaba el pequeño Rafael, nos hizo encaminar nuestros pasos hacia el templo del arte taurino en México. Como se ve, las probabilidades en contra eran mayores y pocos fueron los que aprehugaron con las consecuencias.

Fué la entrada más escasa de todas las corridas efectuadas, lo que demuestra, sin grandes esfuerzos, que los pocos atractivos que ofrecía el cartel no eran de aquellos que hacen llenar de bote en bote el apollado circo de Ramón.

Se perdió el dinero, y de ello nadie más que Ramón tiene la culpa, por traer toreros mediocres, que de ningún modo pueden ser de nuestro agrado.

Esta corrida fué una más en la lista de las sosas y soporíferas que hemos visto este año.

Los toros.—Dolorosa decepción sufrí con esta ganadería; estaba en la firme creencia de que el Sr. González Pavón no querría ser menos que los Barbabosa, propietarios de Santín y San Diego de los Padres, y mandaría seis *pajarracos* con muchos kilos, mucha leña y mucha bravura, como cuentan tiene en sus dehesas; pero no sucedió así: de los que esta tarde ví en el ruedo, con excepción de tres, que fueron más grandes y de más respeto, los cuatro restantes eran unos becerrotos faltos de enjundia, de escaso respeto y sin poder alguno.

Respecto á presentación, no estaban del todo mal; eran finos, de bonita lámina, con no muy abundantes carniceras y con lo indispensable de pitones para no ser rechazados.

Los dos más grandes y con más cara de toros se los echaron á *Saleri*; al perro más flaco le cargan las pulgas. Los dos más chicos y endebles fueron para Rafaelillo; el que obsequió, aunque no mucho, puede reputarse como grande y de respeto; al *Bebe* correspondieron dos *chiquillos*, que poco há pasaron de la lactancia.

El ganadero nada contento de seguro habrá quedado con las hazañas realizadas por sus cornúpetos, que hicieron una pelea—si pelea puede llamarse á eso—de lo más soso y *esaborio* que pueda darse.

Carecieron de voluntad y poder todos en el primer tercio; los puyazos que recibieron fueron casi siempre por acoso y á fuerza de que los *hulanos*—que se crecieron al vérselas con tan imponentes (!) adversarios—salían á los medios en busca suya y les echaban encima los caballos; y así y todo, no hubo uno que tuviera alientos suficientes para vengar las afrentas inferidas, propinando á sus ofensores uno de esos batacazos que hacen á los espectadores estremecerse en sus asientos.

No hubo un *tumbo* en toda la tarde, ni más caballo muerto que uno.

Entre los siete toros sufrieron 29 caricias de los pincharratas, que esta tarde estuvieron infernales.

En toda la corrida hubo el herradero más espantoso que pueda darse; nadie estaba en su sitio ni sabía por dónde se andaba; en cierta ocasión, un cornúpeto arremetió á un grupo de *toreadores* y, á no ser por el capote de *Machaquito*, Galea va al hule.

Al segundo y tercer tercio llegaron manejables; los de *Saleri* acabaron mansos del todo; el sexto hasta de su sombra huía.

En resumidas cuentas, que desmintieron por completo las condiciones de su casta; aquellos toros que pegaban duro á la gente de castoreño y acababan entablerados, defendiéndose y vendiendo cara su existencia, esos pasaron á la historia, se han convertido en chivos inofensivos que no pueden con el rabo.

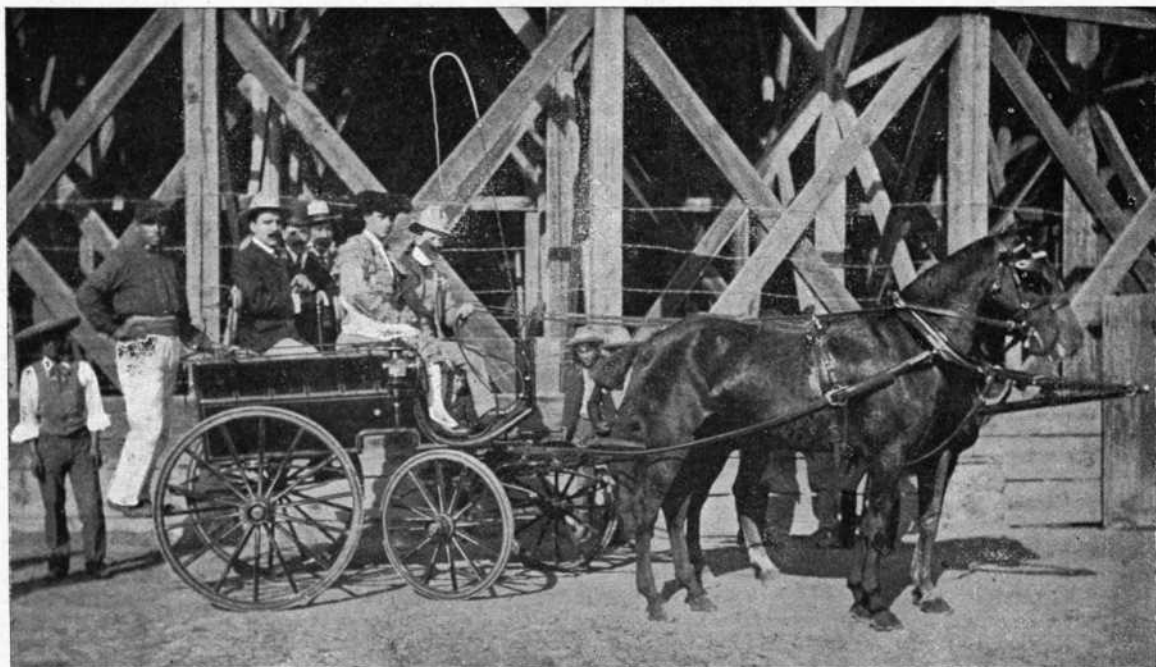
Los picadores.—Ya está dicho; todos estuvieron infumables; de buena gana haría un auto de fe con todos ellos.

Los banderilleros.—Donde está *Blanquito* hay que quitarse el sombrero, tanto con el percal como con los palos; es y será siempre el amo, y no hay que darle vueltas. *Limeño* también banderilleó muy bien y estuvo muy trabajador; este muchacho viene muy valiente y ha adelantado mucho; á veces está atolondrado, pero esos son defectos de la poca edad y de la sangre ardiente. Moyano clavó un buen par de garapullos.

Vamos á entendérnoslas con los señores del asador.

El primer lugar, el puesto de honor, corresponde sin disputa y por derecho al último de los Rafaeles, apodado *Machaquito*, y con el mayor placer se lo doy, no sólo porque es de justicia, sino por descartarlo de los palos que á los otros tengo que propinar.

La afición mexicana—creo que ya lo dije en alguna de mis anteriores—se ha mostrado dura con exceso y sumamente exigente para con el pequeño cordobés; desde el primer instante le ha rechazado ese toreo



LLEGADA DE «MACHAQUITO» Á LA PLAZA

modernista con que vuelve locos á los públicos de ciertas provincias españolas; no hace más que ver á este niño que empieza con el movimiento de caderas y la danza de vientre, que ya le están chillando, hasta dejarlo sordo; de suerte que como no le dejan desarrollar sus inclinaciones, parece que va olvidando ese toreo *modernista* que tanto agrada á los neo-aficionados y procurando acercarse al camino recto, al camino del arte y la verdad.

Yo no sé si nos lo agradecerán los aficionados españoles, ó si saldrán perdiendo en el cambio: nos mandaron un *torerito zaragatero*, coronado de laureles, y nosotros, sin presumir ni nada, le quitamos los laureles y lo zaragatero; y no es difícil que les devolvamos un *torerito serio y con hechuras*.

Esta es sin disputa la mejor tarde que Rafael ha tenido entre nosotros; la tarde que le he visto más serio, con más hechuras de torero, más seguro de sí mismo; y excusado es decir que ha sido la vez que más me ha gustado.

A mí no me agradan las piruetas; soy enemigo de todo lo que no sea artístico y serio.

¡Qué lástima que estas faenas las haya hecho con toros de tan poco respeto! No dudo que con toros con cara de tales haga otro tanto, pero me agrada verlo.

Machaquito esta tarde fué otro, más serio, más formal y, como siempre, trabajador y nervioso.

Bregó mucho, acudió solícito á los quites y no se metió en los once metios de la camisa.

En su primer toro (segundo de la tarde) hizo una muy buena faena con el refajo; estuvo siempre solo, tranquilo y toreando como debe ser, sin sacar la tripa, ni apelar á chapuceras, para ganarse las palmas. En la faena, entre otros pases perfectamente rematados, sobresalió uno de pecho por abajo, dado con la mano de cobrar, y que es el primero que se ve por estas tierras.

Estoqueando estuvo superior de verdad; entró con gran valentía y se acostó materialmente para clavar el estoque hasta el puño, ligeramente delantero.

Con el quinto, que era un manso que afanoso buscaba el camino de casa, hizo otra buena faena, logrando sujetarlo, toreándolo solo, muy cerca y sin zaragata; pero se cansó pronto de formalidades y tornó á la brega zaragatera, á la danza del vientre y al contoneo de caderas.

Eso no es torear, niño; esas son mamarrachadas y usted tiene condiciones para no hacerlas.

En la primera parte de la refriega sí le aplaudí con calor, lo mismo que al estoquear; pero en cambio no le perdono el mal rato que me hizo pasar con sus contorsiones.

Se deshizo de su enemigo mediante una estocada honda superior, á volapié, entrando «como los ángeles», y descabelló al primer intento.

Con el séptimo, el que regaló como cebo para su beneficio, que es el domingo próximo, y que fué el más

grandecito de los que le correspondieron, también estuvo valiente y se las vió con su contrincante sin ayuda de vecinos; no me gustó nada la faena, por haber sido de relumbrón, de esas llamadas modernistas, y que tanto aplauden los villamelones.

Para deshacerse de su adversario le fué preciso clavar un pinchazo y una estocada honda delantera, metiéndose al volapié ambas veces más recto que una vela y sin olvidar el maldito paso atrás.

Bebe chico.—El simpático muchacho quedó nuevamente por los propios fuegos; si mal estuvo en su primera audición, en ésta aún lo hizo peor; estuvo detestable.

¿Para qué meternos en honduras, si hay cosas que peor es meneallas?

Baste decir que le tocaron dos toritos de poco respeto, hechos expresamente para que se los engullera en crudo; pero ¡ni por esas! El diestro estuvo desconfiado con exceso, bailó en demasía, huyó y se ganó dos pitas mayúsculas.

Se quitó de delante á su primer adversario mediante una estocada honda en el pescuezo, y á su segundo de un hermoso golletazo.

Saleri.—El diestro madrileño aún permanece incógnito; todavía no acaba de revelarse.

Mis amigos de Madrid me dijeron que recordaba a Fuentes, y que á veces lo igualaba con el capote, la muleta y los garapullos.

A mí me parece que hasta el tipo de torero ha perdido.

Para algo con el capote, pero torea tan frío y con tal *asaura*, que no convence é impide que le toquen las palmas. Con la muleta, hasta la fecha no hace nada.



OVACIÓN Á «MACHAQUITO» POR LA MUERTE DEL TORO SEGUNDO

En banderillas, sí hay que aplaudirle con calor; es un banderillero de verdad, fino y que cuadra y alza los codos como mandan los cánones. A mí me gusta más cuarteando que cambiando.

Le tocaron los dos toros más grandes y más mansos por añadidura, los dos que requerían un matador habilidoso y que tuviera los calzones bien fajados.

Aunque Juanillo estuvo con ellos más cerca que el otro día, y á ratos se confió algo y le vimos algún pase de torero, no nos satisfizo en manera alguna.

Como matador resulta imposible; no lo será nunca mientras tome el cuarteo como base de esa suerte y no tenga más decisión al entrar á matar.

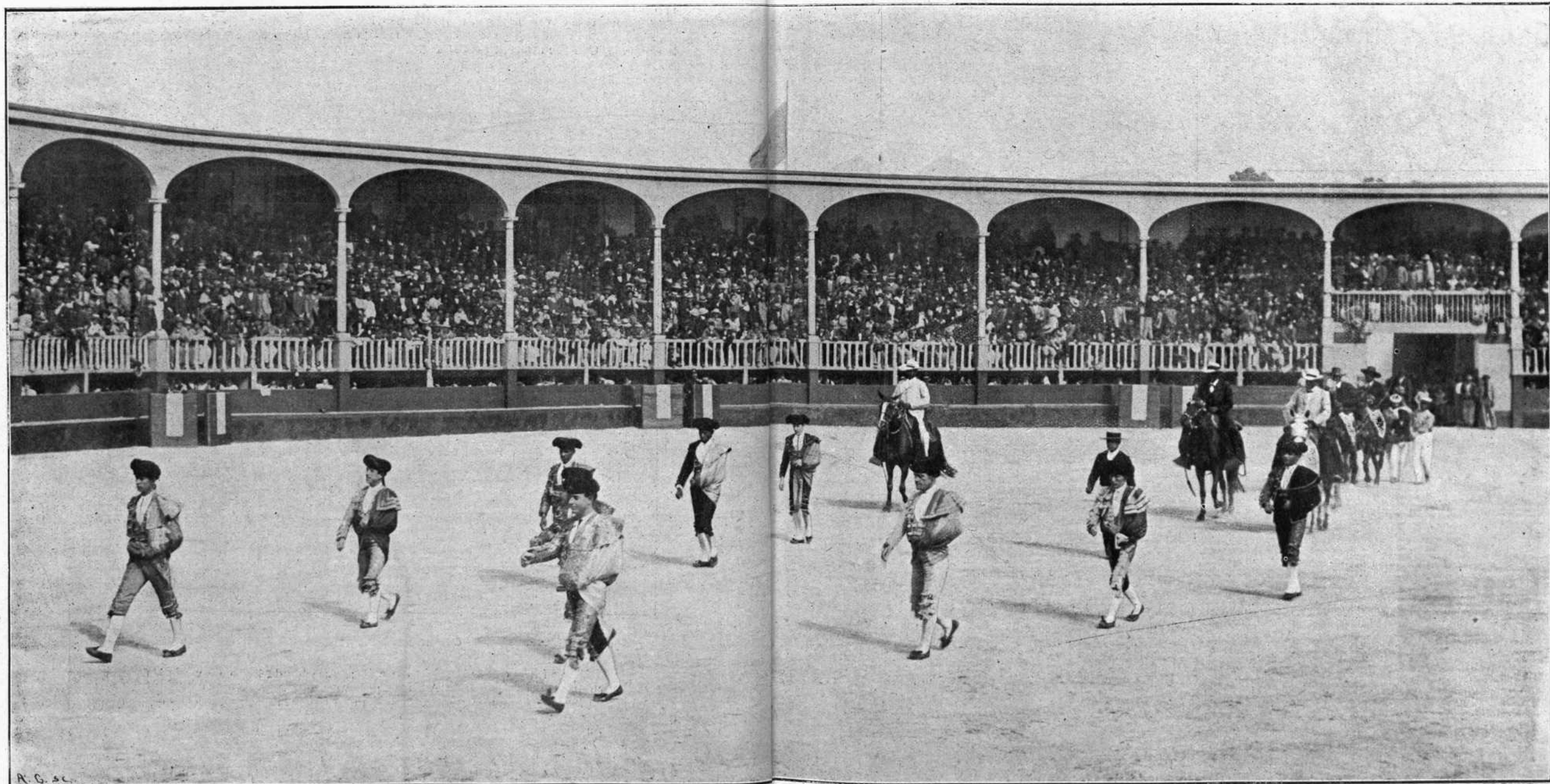
CARLOS QUIRÓZ.

(INTS. DE LAURO RÓSELI, HECHAS EXPRESAMENTE PARA «SOL Y SOMBRA»)



LIMA (PERÚ)

INAUGURACIÓN DE LA TEMPORADA



PASEO DE LAS CUADRILLAS

R. G. S. C.

Corrida efectuada el día 6 de Diciembre de 1903.

Desde que definitivamente quedó constituida la actual empresa, hasta el momento mismo en que se combinó el cartel de la corrida inaugural, todo hacía presumir el fracaso de la temporada que se inició el domingo.

Trocóse felizmente en bonanza lo que amenazaba horrenda tempestad, pues se vencieron todos los obstáculos creados, ya por la tacañería de los empresarios, ya por las pretensiones de los diestros, ya, por último, por la intromisión interesada de un elemento nocivo, llamado apoderado, y hasta hace muy poco desconocido entre nosotros.

Vamos á la corrida.

En esta tarde hizo su aparición ante nuestro



PADILLA BRINDANDO



«VALENTÍN» BRINDANDO

público el matador sevillano Ángel García Padilla, quien en compañía de Valentín, fueron los espadas encargados de despachar los seis toros de Caballero.

Reseñaremos brevemente esta corrida, que resultó muy sosa y aburrida en grado superlativo.

El ganado que se jugó fué una miscelánea en que hubo de todo, menos toros de lidia.

De escasa presentación, de poca edad y, por añadidura, mansos, con excepción de los toros lidiados en primero y cuarto lugares, que hicieron regular pelea.

En cuanto á colores, lucieron desde el mulato enjalmado hasta el sardo botinero; y por lo que respecta á cornamenta, ó no tuvieron la suficien-

te, ó ésta fué horriblemente defectuosa; así resultó que el cuarto fué acapachado y el último cornivuelto.

A petición del público encerraron al quinto en medio de bronca fenomenal, bronca que se repitió varias veces en la tarde con el mismo objeto, mas ya sin resultado.

Padilla, que vestía elegante terno rojo y oro, intentó veroniquear á su primero, y lo que consiguió fué decepcionar á la concurrencia, con cuatro capotazos á piernas abiertas y á todo movimiento. Con la muleta, en este mismo toro, no convenció á nadie; un pase ayudado, que fué el inicial; después varios con la derecha, sin consentir en ninguno, y perfilándose perfectamente en corto, deja una estocada honda, que bastó. (*Palmas.*)



PADILLA EN EL PRIMER TORO

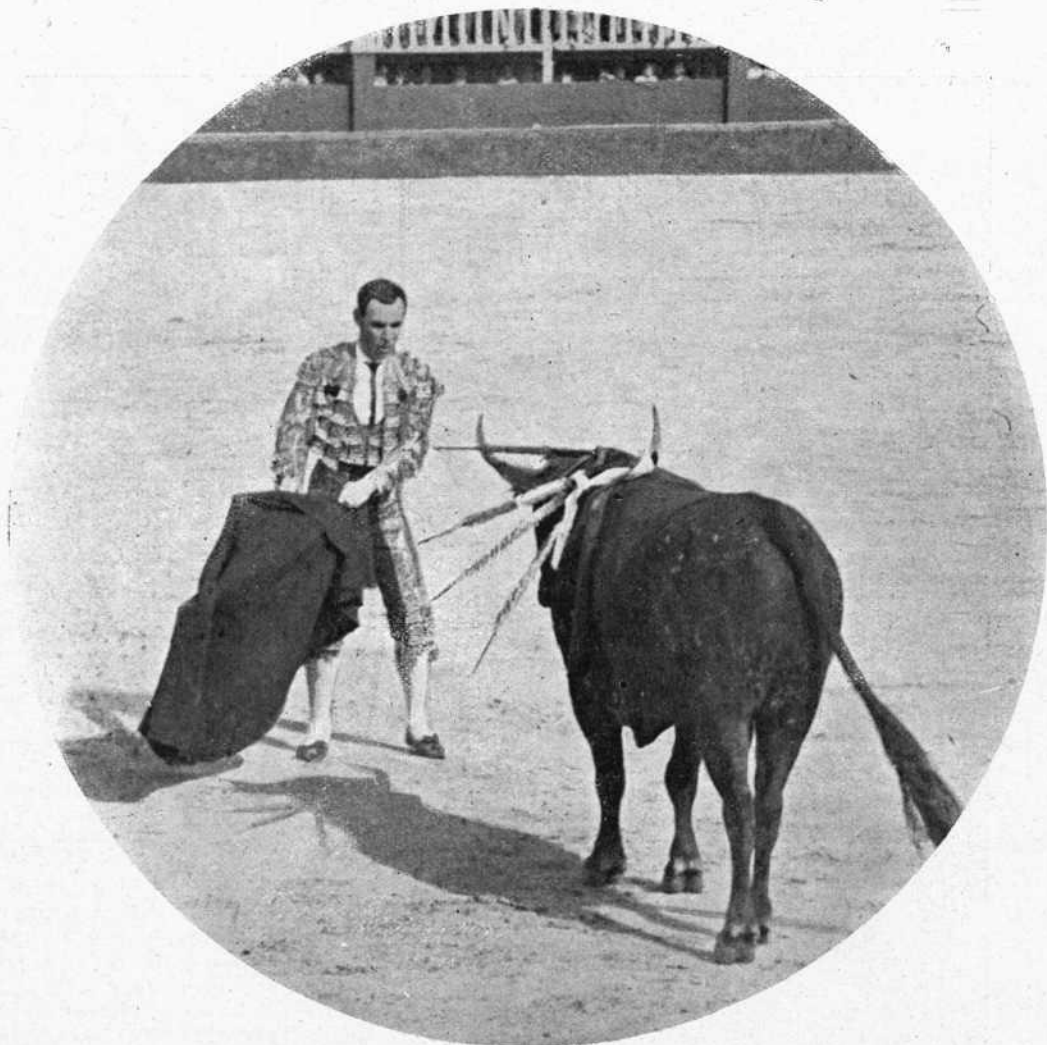
En su segundo nada hizo con el percal, y con la muleta estuvo desconfiado, lleno de precauciones inexplicables, largando, para rematar dignamente tal faena, un bajonazo ignominioso. (*Silbidos y manifestaciones de protesta.*)

En su tercero se reconcilió con el público, no ya por su faena de capa, que fué mala, ni por su labor de muleta, que fué medianeja, sino por el soberbio volapié con que tumbó al toro sin necesidad de puntilla. (*Ovación.*)

Valentín (azul y oro) fué á su primero, que era algo difícil, con intención de recortarlo capote al brazo; mas el toro no hizo nada por él, quedando deslucido.

Embarullado con la muleta y echándose al toro encima, dió varios pases naturales pasables, uno de pecho superior y un molinete *maluco* de suyo, pero ceñido. Pincha una vez, arrancando bien, y después de nueva serie de pases, sin perder la cara á la res un solo instante, entrando con riñones, coge una estocada contraria, que bastó. (*Muchos aplausos.*)

A su segundo, defectuoso de cuerna, circunstancia que dió margen á una casi unánime protesta del público, protesta que se prolongó durante todos los tercios de la lidia hasta el momento del arrastre, y que agarró al valiente *Valentín*, haciendo que sus faenas pasaran inadvertidas, no obstante el mérito de haber estado siempre colocado en el terreno de los guapos, cuadrado el toro, previa brevísima faena de muleta, se arranca el matador con decisión, y consigue tumbar á su adversario con una estocada desprendida. (*Palmas.*)



PADILLA EN EL TORO PRIMERO

A su tercero, mal armado y rematadamente manso, lo lancea de capa por lo mediano; con la muleta, á pesar de sus buenos deseos y valor, no hizo nada que pueda consignarse, y con media estocada en buen sitio y un descabello á la tercera, lo mandó al arrastre.

El quinto toro, á petición del «pueblo soberano», fué pareado por los matadores con más valor que éxito. Los banderilleros, por lo general, cumplieron.

La entrada, un lleno.

La presidencia, desacertada.

X. Y Z.

(INST. DE FOGGERO, HECHAS EXPRESAMENTE PARA «SOL Y SOMBRÁ»)



RECUERDOS DE AYER

LA ÚLTIMA ETAPA DEL MAESTRO

FERNANDO GÓMEZ (EL GALLO)

La historia taurina del habilísimo diestro sevillano tiene tres épocas muy marcadas y fácilmente distinguibles: una, desde su aparición en los circos hasta su alternativa en Madrid en la corrida de inauguración de la temporada de 1880, cediéndole *Currito* el toro *Coletó*, de D. Vicente Martínez; otra, cuyo fin está en la desaparición de *Guerrita* de su cuadrilla en Septiembre de 1885, y la última desde 27 de Septiembre de 1885, en que por primera vez torea sin *Guerrita*, hasta el 2 de Agosto de 1897 en que ocurre su fallecimiento.

Las dos primeras épocas son conocidísimas y no es caso de repetir biografías que, más ó menos detalladas, serían de sobra conocidas por los aficionados que leen. No es tan conocida la última época, y á ella se ciñe este trabajo.

Es sabido que la popularidad y el auge del *Gallo* están comprendidos en el período que abarca desde 1880 á 1885; aparte de hallarse entonces en la plétora de sus facultades y en la fuerza de la vida, *Guerrita* era un tremendo imán para las empresas, y la amistad íntima que unía al espada con el entonces empresario de la plaza de Madrid, D. Rafael Menéndez de la Vega, firmísima base para figurar siempre en los carteles de la corte que, digan lo que quieran, son los que dan reputación y señorío. A más el trabajo del *Gallo* era notabilísimo, como de un *maestro* que fué, tan notable en su toreo que tapaba con sus gallardías de artista sus grandísimas deficiencias como estoqueador, y que le permitía torear sin desdoro con *Lagartijo* y *Frascueto*, con el *Curro* y *Cara-ancha*.

Dos sucesos torcieron el camino del *Gallo*. Uno fué la grave cornada que le diera, al tomar las tablas, el toro *Cocinero*, de Veragua, lidiado en Madrid el 8 de Junio de 1884; aquella herida mermó considerablemente sus facultades é impresionó su ánimo; los grandes desastres, como matador, vinieron desde entonces. Y fué el otro suceso el írsele *Guerrita* de la cuadrilla en Septiembre de 1885, restándole contratas para lo sucesivo.

La temporada de 1885 había sido fatal para Fernando Gómez; sus desaciertos con el estoque se sucedían casi sin interrupción; aquellas faenas interminables plétóricas de pinchazos, cortas defectuosas, intentos de descabello y golletazos finales, producían la indignación del público, y veíase claro que era imposible al *Gallo* sostenerse en el circo madrileño. El desastre llegó al colmo en la corrida extraordinaria del 14 de Octubre, en la que dió la alternativa al *Espartero*. Después de haber mechado con tres estocadas y cuatro pinchazos de lo peor al segundo toro, de Núñez de Prado, como todos (*Avellano*, colorado) y al tercero (*Tardío*, negro), con un bajonazo en las costillas, dos pinchazos y una estocada en medio de dos formidables silbas, llegó la hora de matar al quinto (*Primero*, cárdeno), que se tapaba, y aquello fué el delirio. Nueve pinchazos, cinco golletazos, un descabello á la segunda vez, la orden de salida de los bueyes, una gritería inenarrable, un coro general de «¡que se vaya!», llamada á la presidencia y multa por haber seguido pinchando después del tercer aviso, y una tempestad tal de pitos, denuestos é improprios, que parecía que las furias del Averno hacían su entrada triunfal en la plaza de Madrid.

Dijose aquella noche que el *Gallo* había rescindido su contrato, pero no fué cierto. El domingo 18 se presentó de nuevo; toreó admirablemente y mató bien al tercer toro de D. Antonio Hernández (*Ojitos*, negro) y terminó, medianamente, con otras corridas, la temporada, al final de la que marchó á Montevideo.

Aún la amistad de Menéndez de la Vega permaneció firmísima é impuso al *Gallo* en el abono de 1886, anunciándole para la corrida de inauguración en unión de *Frascueto* y *Cara-ancha*; pero suspendida la fiesta por la lluvia en 25 de Abril, al darse en 2 de Mayo ocupó el tercer puesto Mazzantini en vez de Fernando Gómez que, pundonorosamente, no quiso torear en absoluto aquel año en Madrid.

El impulso adquirido en cinco años de constante trabajo de buen torero, aun con abundantísimos desastres como estoqueador, no se detiene fácilmente, y el *Gallo* toreó mucho en 1886 por provincias, procurando sostener su cartel, que veía mermar por sus deficiencias con el estoque y por el empuje que traían dos diestros aún noveles, llamados á obtener gran número de contratas: Mazzantini y el *Espartero*.

El *Gallo* veía largo y era muy listo. Comprendió la revolución que en el toreo se practicaba; que los soberbios volapiés de Mazzantini y el temerario trabajo del *Espartero* habían de arrebatarse gran parte de los públicos; se conocía á sí mismo y sabía que su arte no igualaba al de *Lagartijo* ni nivelaba el de aquel que fué banderillero suyo y que pronto tomaría la alternativa; que aún quedaban á *Cara-ancha* largos años de torero; que él, Fernando Gómez, no lograría corregir aquellas deficiencias de matador; comprendió que las contratas se le iban y decidió aprovechar cuanto le saliese, vencer en lo posible su idiosincrasia, realzar las brillantes de su toreo y no perder terreno. No era ya ningún niño; en 1886 cumplía los treinta y cuatro ó treinta y cinco años, pues nació en Sevilla en 18 de Agosto de 1851 ó 1852 (hay datos que afirman ambas fechas); mucho le habían pegado los toros; pero aún podía, si apretaba, no tener la efímera historia del buen torero *Chicorro*, ni desaparecer de las plazas de primer orden. Y el *Gallo* hizo cuanto pudo en 1886; procuró dejar cartel en cuantas plazas toreó y en el otoño embarcó de nuevo para Montevideo en busca de aplausos y de fortuna.

De regreso en España en 1887 toreó dos corridas en Sevilla con buen éxito. No así la tercera en la misma plaza el 19 de Mayo, en que los toros de Pérez de la Concha le llevaron de cabeza. Aquella tarde Mazzantini sufrió una grave cogida y nombró al *Gallo* sustituto para algunas de las corridas ajustadas. Con este carácter volvió Fernando Gómez á pisar la plaza madrileña en la tarde del 5 de Junio, en que se lidiaron reses de Miura. Quedó bien y el público estuvo con él benévolo y cariñoso. Era un antiguo amigo que volvía. Menéndez de la Vega, firme en su afecto, aprovechó la coyuntura y dió al *Gallo* cuatro corridas más en aquel año, en las que el diestro lució mucho como torero y se *tapó* como matador.

La nueva empresa de que era testafiero D. Manuel Romero Flores, ofreció al *Gallo* seis corridas para la temporada de 1888, que el espada no aceptó. Mal se presentó aquel año para él. Los maestros *Lagartijo*, *Frascuelo* y *Cara-ancha*, y los diestros jóvenes *Mazzantini*, el *Espartero* y *Guerrita*, acaparaban todos los carteles. Fernando Gómez se encontró en segunda fila. Procuró esforzarse y en provincias obtuvo algunos éxitos lisonjeros, como ocurrió en Barcelona en 1.º de Abril y 10 de Junio, y en Málaga en 26 de Agosto. Terminó la temporada con un desastre de mayor calibre en la plaza de Sevilla el 7 de Octubre en la corrida organizada para la reaparición del *Gordito*, y en la que ambos estoquearon reses de Anastasio Martín. Los toros cuarto y sexto salieron arrastrados por milagro del redondel; el sexto dobló cuando salían los mansos; en el cuarto llegó el *Gallo* hasta correr hacia la barrera amenazando al público con el estoque. La corrida fué un borrón para el diestro, que pretendió también establecer antipático pugilato.

El 30 de aquel mes embarcó para la Habana, de donde pasó á México, en cuya plaza de Colón se presentó el 17 de Febrero de 1889 lidiando, con extraordinario lucimiento, reses de Atenco, en unión de *Cacheta*, y allí toreó con gran éxito hasta el 24 de Marzo, en que se despidió del público, que le hizo calurosa ovación, que obligó al *Gallo*, terminada la corrida, á situarse en el centro del redondel con sus picadores Crespo y el *Chato* y sus banderilleros Aransáez, el *Morenito* y *Jarana*, y, montera en mano, manifestar, con sus ademanes, su gratitud.

La temporada en España comenzó mal. En 26 de Abril de 1889, Fernando Gómez tenía un tremebundo fracaso en la plaza de Sevilla, al estoquear el cuarto toro de D.^a Celsa Fontfrede, del que se desquitó entusiasmando al público sevillano en la corrida del 30 de Mayo con toros de Benjumea. Con motivo de la Exposición de París, toreó mucho en aquella capital en la famosa plaza de la calle Pergolese, que tantas ruinas costó, siendo aplaudidísimo por los franceses, que admiraban, subyugados, aquel toreo juguetón y finísimo de clásica elegancia.

En 21 de Julio tuvo otro éxito en Barcelona y uno grandísimo en Sevilla el 28 de Septiembre, toreando reses de Clemente en unión de *Currito* y el *Espartero*. Fué de las tardes en que el *Gallo* sacó todo su repertorio é hizo gala de su arte y gentileza al torear, cumpliendo además en la muerte de sus toros. Porque hay que advertir que al *Gallo*, como matador, sólo se le exigía que cumpliese; su corta estatura y la obsesión que padecía á la hora de enhilar el estoque, hallaban disculpa en los públicos, fácilmente dominados por sus grandes gallardías de torero; lo que no podía tolerarse eran aquellas faenas imposibles en que el pánico se apoderaba del espada, como sucedió al día siguiente de aquel éxito, en la misma plaza de Sevilla, en que, con toros de Pacheco, tuvo otro desastre de los suyos.

En 1889 el *Gallo* toreó en las plazas españolas trece corridas con la tremenda desigualdad que se ve. Era inútil que la voluntad procurase imponerse; cuando la pavora hacía su aparición, el *Gallo* era un ser inconsciente bajo el dominio del miedo, y los públicos, admirando el valor de los toreros jóvenes, los preferían á aquel maestro indiscutible, pero calamitoso como matador.

En 1890 comenzó brillantemente la temporada en Zaragoza el 6 de Abril toreando y matando de un modo magistral el toro *Serrallo*, de Carriquiri. El día del Corpus, practicando una hermosa faena en la plaza de Sevilla con el toro *Cantarero*, de Benjumea (negro), cayó al suelo al pinchar en hueso, siendo empuntado y volteado, sufriendo una cornada en el homoplato izquierdo y grandes magullamientos, que le tuvieron sin torear hasta el 23 de Julio, que lo hizo en Linares. Contratado para la segunda temporada de Madrid, el *Gallo*, que no toreaba en la plaza de la corte desde el 31 de Octubre de 1887, reapareció en ella el 21 de Septiembre de 1890 estoqueando, en unión de *Guerrita*, toros de Mazpule. En la 20.^a corrida de abono dada el 19 de Octubre tuvo el bochorno de ver salir los bueyes para llevarse el toro *Caponte* (de Palha, cárdeno) lidiado en primer lugar, al que mechó el testuz intentándole tres veces descabellar. El puntillero dió al toro una puñalada traperera y *Caponte* salió arrastrado del redondel. Quiso el espada recuperar terreno con el quinto (*Gabeto*, mulato), sin conseguir sus deseos, pues aunque la labor de muleta fué lucidísima, el conjunto resultó mediano. El *Gallo* toreó en 1890 veintitrés corridas y, á pesar del desastre de Madrid, levantó algo su cartel.

Contratado en Madrid para 1891, se presentó en la corrida de 19 de Abril, en que tuvo que estoquear cuatro toros de Aleas por percañe de *Minuto*. Mal estuvo con ellos; pero en la tarde del 7 de Mayo, con toros también de Aleas, el desastre llegó al colmo; salieron los bueyes cuando doblaba el quinto toro; el público propinó al espada dos silbas descomunales, con naranjazos y otras demasías, y al salir de la plaza un grupo de zúlus cometió la brutalidad de apedrear el carruaje del diestro. El *Gallo* debió rescindir el contrato aquella noche; pero el pobre quería ver si dominaba la mala racha y volver por aquellos aplausos madrileños que tanto quiso siempre. El 17 de Mayo salió en busca del desquite, pero se repitió el desastre. Murieron mechados los toros *Marmolejo* y *Mochuelo* (de Ibarra, negros), y las silbas fueron sañudas, terribles, con acompañamiento de denuestos é improperios. Pero el *Gallo* necesitaba rehacerse, y al quinto toro (*Calderero*, negro) le dió tal cambio de rodillas, que las lanzas se tornaron cañas y la ovación duró largo rato. Animado por las palmas, Fernando Gómez practicó en los quites su repertorio, dió dos largas colosales, banderilleó al sexto (*Menudito*, negro), y el público, al salir de la plaza con tal sabor de boca, atenuaba los tremebundos fracasos del espada en aras de sus excelencias de torero.

Esto tenían los maestros antiguos; como su mérito era real y positivo, basado en su dominio del arte, podían imponerse en un momento dado. No he oído en la plaza de Madrid dos silbas como las de aquella tarde; nunca ví al público tan agresivo; pocas veces he visto entusiasmo tan grande como el que produjo aquel cambio de rodillas magistral. El arte se impuso, y ante sus grandezas el público quedó electrizado. El hecho se repitió, con escasas variantes, en la corrida del 21 de Junio.

En 1892 tomó posesión de la plaza de Madrid la empresa Bartolomé Muñoz, que estaba reñida con el *Gallo*. Y de aquí en adelante la vida del diestro fué un verdadero calvario artístico; relegado ya á la segunda fila, con un aluvión de *matadores* valientes, que tomaban plaza de espadas de cartel, enfermo, olvidado, exacerbadamente al hallarse postergado y al reconocerse impotente para ganar el terreno perdido, el *Gallo* apeló á todos los medios para tener corridas; se hizo empresario; toreó con novilleros de último orden; pagó *escribidores* venales, ralea ruín, que decantasen quiméricas proezas; quiso salir de aquel marasmo, quiso sacudir aquella idiosincrasia, veía tornar los días del apogeo. Quizá más. Quizá ausentes ya de las plazas *Lagartijo* y *Frascuelo*, próximo á retirarse *Cara-ancha*, anulado el *Curro*, quizá ensoñara el *Gallo* en ser el maestro, la cabeza de aquella torería inexperta, en la que *Guerrita* era el coloso inabordable. Y si tal soñó Fernando Gómez, no anduvo descaminado. Si hubiera tenido dominio suficiente sobre sí para matar con verdad relativa, aquel toreo, que era de otra época más brillante, hubiérase impuesto, y entonces, de

1893 á 1897, Guerra hubiera sido el genio incopiable, pero el *Gallo* hubiera sido el maestro del clasicismo, de la elegancia y la gentileza.

Pero Fernando Gómez ya estaba enfermo de la lesión cardiaca que lentamente minaba su ser. ¡Ay si el *Gallo* se encuentra solo en 1882! Los continuos reveses en las plazas y en los cálculos acibaraban su existencia y se hundía más y más, sin dejar por ello de tener tardes brillantes; pero los desastres venían precisamente en las plazas de primer orden, y los éxitos, éxitos verdad, eran en poblaciones cuya importancia taurina es insignificante: Tudela, Mataró, Játiva, Tortosa. En cambio en Sevilla le esperaba lo nunca visto. El domingo de Resurrección de 1893, estoqueaba el *Gallo* el cuarto toro, de Orozco; pinchó, golleteó, pasó el tiempo reglamentario y el presidente, Sr. Moriano, ordenó la salida de los mansos. Aparecer éstos en el redondel y rodear al moribundo toro, armados de estoque y puntillas, el *Gallo* y sus banderilleros *Lobito*, *Ostioncito*, *Perdigón* y el *Nene*, acribillándolo á puñaladas hasta rematarlo, fué uno. El público se puso imponente, saltaron guardias al redondel, y el Sr. Moriano, después de multar á espada y banderilleros, los mandó en el acto, inoportunamente, á la cárcel entre ocho guardias civiles.

Este fué el mayor desastre. El mayor éxito lo obtuvo en la plaza de Barcelona el 15 de Julio de 1894, lidiando nueve toros de Benjumea, Miura y Mazzantini en unión de Mazzantini y *Guerrita*. Allí se entregó al matar, dando soberbias estocadas hasta la mano, derrochó arte y sacó todo el repertorio de sus alegrías. ¿Qué aura bonancible sopló al *Gallo* aquella tarde? Quizá aquella corrida sea la más brillante, la más completa de su vida torera.

En 1895 pisó Fernando Gómez por última vez la plaza de Madrid. Desde 1891 sólo había toreado en ella una tarde con bastante aceptación, la del 17 de Septiembre de 1893, en que dió á Antonio Fuentes la alternativa. La empresa Bartolomé Muñoz, necesitada de nombres que dieran autoridad á su cartel deficientísimo de abono, depuso añejos reñcores con el *Gallo* y con su nombre encabezó la lista de matadores.

Fernando Gómez toreó las corridas 3.^a y 7.^a de abono en 5 y 26 de Mayo con reses de Veragua é Ibarra, estando breve y bastante afortunado al estoquear y hecho un maestro en la lidia. La gran masa de la afición, que constantemente se renueva, se asombró. Ya imperaban los *estoqueadores*, y ante EL TORERO esa neofación se sintió en presencia de algo grande que se perdía en el pasado. El 26 de Mayo lanceó de capa el *Gallo* al cuarto toro (de Ibarra, *Centello*, negro) con tres verónicas, dos faroles, una navarra y una larga del más puro y elegante clasicismo. La ovación fué inmensa, el éxito del torero aún más grande que el de 1891; ya separaban más años la gran época y su evocación despertaba más entusiasmo.

El 2 de Junio, en la corrida de Beneficencia, el *Gallo* sufrió ligera lesión en el pulgar de la mano derecha que le causó al derrotar en una estocada corta el toro *Bellotero*, de D. Félix Gómez, y el 28 de Julio en Mataró el primer toro de Torres Cortina, con el que hacía brillantísima faena, le volteó, causándole fuertes contusiones en las piernas y magullamiento general.

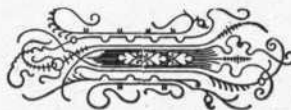
En 22 de Septiembre concedió el *Gallo* la alternativa al *Algabeño* en la plaza de Madrid, y fué la última corrida que toreó en el redondel de la corte. El último toro que estoqueó fué *Roperito*, de Veragua (jabonero sucio y corniabierto), al que toreó magistralmente; pero desaprovechando la ocasión de herir, el toro comenzó á taparse y la faena llevaba ya cuatro pinchazos y una corta mala. Comprendió el espada que se le venía encima un desastre de los antiguos y largó un certero metisaca en el pescuezo, retirándose al estribo antes que doblase *Roperito*. El Sr. Sabater, que presidía, llamó al espada al palco, improcedentemente, para reprenderle, y el público, que había silbado al diestro, le desagravió ovacionándole cuando volvió al redondel, ovación que se repitió estruendosa cuando Fernando Gómez, que vistió aquella tarde traje morado con oro, cambió de rodillas admirablemente al sexto toro (*Sanguijuelo*, negro); con aquel cambio cerró el *Gallo* su historia en la plaza de Madrid.

En 1896 la enfermedad cardiaca que padecía tomó tal incremento, que comprendió el paciente lo imposible que le era el ejercicio de la profesión; no obstante, toreó en aquel año doce corridas; pero desde Junio empezó á hablarse de su retirada, para la cual parece que ofreció su concurso su antiguo discípulo *Guerrita*. Hablóse de tres corridas en las plazas de Barcelona, Madrid y Sevilla, cediendo las plazas las empresas, regalando los toros los ganaderos y toreado gratis los espadas que con el maestro habían de lidiar. Tocáronse grandes obstáculos en la realización del proyecto y sólo se dió la corrida de Barcelona en 25 de Octubre, en que se lidiaron siete toros: uno de Veragua, que banderilleó *Guerrita* de modo incomparable, y al que mató el *Gallo* con once pases y dos estocadas, siendo muy aplaudido, y seis de Adalid, Benjumea, Pérez de la Concha, Cámara, Esteban Hernández y Campos López, estoqueados por Gueira, *Minuto* y Fuentes. El beneficio líquido de la corrida ascendió á 50.000 pesetas para el espada, al que el público barcelonés hizo una entusiasta despedida. El estoque que usó Fernando Gómez aquella tarde lo regaló al buen aficionado señor Franco del Río, hoy corresponsal de SOL Y SOMBRA en aquella ciudad.

Desde entonces puede decirse que el *Gallo* no abandonó la huerta de Gelyes, en que pasó sus últimos años; allí hizo construir una placita en que daba lecciones prácticas de toreo á sus hijos Rafael y Fernando, y allí, la enfermedad que aniquilaba su organismo, dió fin de su existencia en la madrugada del 2 de Agosto de 1897, después de horrosa agonía. Su cadáver descansa en Sevilla, en el cementerio de San Fernando, calle de la Virgen María, núm. 94, cuarta cuartelada.

Los éxitos del *Gallo* en la plaza madrileña en 1895, pusieron de manifiesto la enorme diferencia del toreo de ayer al toreo de hoy. Aquel hombre enfermo, débil, matador deficientísimo, electrizó al público, obscurrió á dos matadores del porte de Mazzantini y Emilio Torres, *Bombita*, y volvió por los fueros del arte, del arte verdadero, de la inteligencia, la gallardía y la destreza; que por algo á la lidia de reses bravas se le llama el arte de TOREAR y no el arrojo para MATAR. El *Gallo* constituye uno de los más gratos recuerdos de los días de ayer; su memoria queda en lucidísimo lugar en la historia del toreo. Con sus grandes deficiencias y sus frecuentes desastres, ¡cuánto no darían los aficionados de hoy porque resurgiese en las plazas la artística figura del maestro de ayer!

EL BACHILLER GONZÁLEZ DE RIVERA.





stafeta taurina



Tolosa (Guipúzcoa).—Para el día de San Juan (24 de Junio) patrón de esta villa, seis bichos de Urcola probablemente, serán los destinados á morir á manos de Antonio Fuentes y otro diestro aún no designado.

No sabemos quién será el segundo espada; depende de Fuentes, pues éste fué contratado por la friolera de 9.000 pesetas, con la condición de traer otro matador de segunda categoría.

—Los días 25 y 26 del mismo mes se efectuarán dos novilladas con ganado navarro, de Carriquiri ó Lizaso.

Todavía no están contratados los *guapos* que hayan de lucirse en esas dos tardes.

Camisero y *Berre* ó *Bienvenida* y *Platerito*, creo, según mi modesto parecer, que serían los que más agradecerían á los aficionados tolosanos.

Mientras tanto, esperemos á que lleguen esos días para disfrutar de nuestro espectáculo favorito *sin rival*, á no ser que la empresa quiera obsequiarnos antes con alguna combinación de *buten*, de lo cual me alegraría.—**CHANO.**

— — —

Valencia.—La suscripción iniciada para erigir un mausoleo en el cementerio de esta capital á Julio Aparici, *Fabrilo*, ha ascendido en total á la suma de 3.771,90 pesetas, importando los gastos de construcción 3.849,40 pesetas, según comprobantes que existen á disposición de quien quiera examinarlos, en poder del conocido aficionado D. Antonio Merelo.—**MOYA.**

— — —

El matador de novillos Pedro Teullet, ha sido ajustado para estoquear cuatro reses de Arroyo el 23 de Abril próximo, inaugurando la plaza construida en Erustes (Toledo), con capacidad para 4.000 espectadores y cuyas obras van muy adelantadas.

— — —

El 13 de Enero ha fallecido en Córdoba nuestro particular y muy querido amigo D. José María Escamilla, hermano del inteligente colaborador de *SOL Y SOMBRA* en aquella capital D. Antonio, á quien, así como á la viuda D.^a Tránsito Guerra, hermana del célebre *Guerrita*, á éste y á las respetables familias, enviamos el testimonio de nuestro pesar, deseándoles resignación en trance tan doloroso, si pueden servir en casos tales de lenitivo los consuelos de la amistad y el cariño profundo que esta redacción profesa al compañero Escamilla.

Á NUESTROS LECTORES

Hemos puesto á la venta lujosas tapas para encuadernar la colección de *SOL Y SOMBRA* correspondiente al año VII (1903), á los precios de:

2 pesetas en Madrid.
2'50 » en provincias.
3'75 » en el extranjero.

En la Administración de este semanario se expenden también colecciones del mismo, encuadernadas lujosamente, á los precios que se expresan:

Año I (1897).	10 pesetas en Madrid.
	11 » en provincias.
	15 » en el extranjero.
Año II (1898) hasta el	15 » en Madrid.
año VII (1903), ambos	16 » en provincias.
inclusivos, cada tomo.	20 » en el extranjero.

Los lectores de *SOL Y SOMBRA* que deseen completar sus colecciones pueden adquirir los números atrasados que necesiten al precio corriente.

Agente exclusivo en México: Valentín del Pino, Espalda de los Gallos, 3. Apartado postal 19 bis
Agente exclusivo en el Perú: LA JOYA LITERARIA de J. Boix Ferrer, Portal de Botoneros, 48 y 50, LIMA (Apartado 69), y en la sucursal de AREQUIPA, Mercaderes, 72.
Agente exclusivo en Lisboa: Sra. Viuda de Nery, Rua do Principe, 122, Tabaquería.

No se devuelven los originales que se reciban, ni se abona cantidad alguna por los trabajos que no se hayan encargado, aun en el caso de que lleguen á publicarse.

